

**MUERTE Y SOLEDAD EN *LA MANO  
DEL MORIBUNDO Y OTROS CUENTOS*  
DE MANUEL ROJAS**

**Alexander Lemus García**  
*Universidad de los Andes, Táchira*  
*allemus67@hotmail.com*

¿Si no se conoce todavía la vida,  
como será posible conocer la Muerte?  
*Confucio*

**RESUMEN**

En este trabajo se trata de asomar una interpretación del libro de cuentos *La mano del moribundo y otros cuentos*, del escritor tachirense Manuel Rojas, en el que se concibe a la muerte no solo como un fenómeno natural, sino como un fenómeno social y cultural proveniente del pensamiento mítico-religioso, en el cual se le atribuye a la existencia el don de la inmortalidad a través de una transcendencia ectoplasmática. Esta inmortalidad puede tomar muchas formas, pero en este ensayo sólo se abordará el tema en relación con la condición espectral de ese modo de existencia. En el proyecto narrativo de Rojas se encuentran cinco formas de manifestación de lo espectral: lo fantasmal, el sueño, la magia, la posesión, y la tecnología. En él se concibe a la noche y a la soledad como el contexto idóneo para su manifestación, y al extravío y a la posesión como las consecuencias de su contacto con el mundo real de los vivos.

**Palabras clave:** Muerte, soledad, espectral, noche, posesión.

**ABSTRACT**

This article aims to present an interpretation on the volume of short stories by Manuel Rojas entitled *La mano del moribundo y otros cuentos*, in which the death is conceived not only as natural phenomenon but as a social and cultural one coming from mythic-religious thought where

immortality is attributed to life and makes it capable of transcending time through ectoplasm. This kind of immortality can take several shapes; however, this article will be focused just on the spectral condition of the previously referred way of existence. In Manuel Rojas's narrative the spectral or super natural has five shapes, such as the phantasmatical, the dreaming, the magic, the possession, and technology. In Rojas's work night and solitude are conceived as a perfect context where the spectral can appear while possession and misplacement are the consequences of any contact between that ghostly realm and the real ambit of living persons.

**Key words:** Death, solitude, spectral, night, possession.

### RÉSUMÉ

Dans ce travail nous essayons de montrer une interprétation du livre de contes *La main du moribond et d'autres contes*, de l'écrivain du Táchira Manuel Rojas où la mort est conçue, pas seulement comme un phénomène naturel, mais comme un phénomène social et culturel provenant de la pensée mythico-religieuse, où l'existence est attribuée du don de l'immortalité à travers d'une transcendance ectoplasmatique. Cette immortalité peut prendre beaucoup de formes, mais dans cet essai nous aborderons seulement le thème ayant relation avec la condition de spectral de ce moyen d'existence. Dans le projet narratif de Rojas nous trouvons cinq formes de manifestation du spectral: le fantomique, le rêve, la magie, la possession et la Technologie. Le projet conçoit aussi la nuit et la solitude comme le contexte convenable à sa manifestation, et à l'égarement et à la possession comme les conséquences de son contact avec le monde réel des vivants.

**Mots-clés:** mort, solitude, spectral, nuit, possession.

En torno a la muerte giran todas las culturas y organizaciones sociales humanas. Así, su concepción de la muerte como fin o como tránsito, su creencia en una vida después de la muerte, en el Juicio Final,

entre otros aspectos, funcionan como condicionantes para la actuación de los individuos en un sentido u otro. La idea de inmortalidad y la creencia en el Más Allá aparecen de diversas maneras en prácticamente todas las sociedades y momentos históricos.

En este sentido, Ferrater Mora (1984:2282) observa que ya para Platón “la filosofía es una meditación de la muerte” y concluye que “la piedra de toque de numerosos sistemas filosóficos está constituida por el problema de la muerte”.

Según Sartre (1976:650), tradicionalmente la muerte amerita dos consideraciones: la primera como término final de la vida humana, y en consecuencia, la segunda sería ver a la muerte como la puerta abierta hacia el mundo de lo no-humano absoluto que rodea la vida. Es decir, la muerte enfrenta al ser humano con “la nada de realidad-humana”.

En este último caso, la reflexión sobre la muerte supone un análisis de los problemas relativos al sentido de la vida y a la concepción de la inmortalidad, ya sea bajo la forma de su afirmación, o bien bajo el aspecto de su negación. En ambos casos resulta de ello una determinada idea de la muerte.

Una de estas ideas sobre la muerte, con gran repercusión en el imaginario colectivo e insertada en la cotidianidad del ser humano, es la creencia en la inmortalidad del “alma” o del “espíritu”, como propone la religión. Esta creencia obliga a hacer una nueva concepción de la naturaleza de la realidad, puesto que la afirmación de la inmortalidad del alma debería admitir, en consecuencia, “una forma de muerte específica para cada región de la realidad” (Ferrater, 1984: 2283). La creencia en un alma inmortal se impone en la práctica social, a pesar de contarse con una concepción científica de la realidad, según la cual ésta lleva implícito el hecho de la mortalidad, de ser una naturaleza perecedera; y por tanto la experiencia de la muerte causa, en el ser que la padece, un proceso de disolución absoluta, es decir, de no retornabilidad.

La conciencia de la muerte desarrolla en el ser humano aprensión y rechazo al carácter absoluto de la misma. Es por eso que el hombre busca hacerle frente de diversos modos al hecho de que las personas mueren, a lo irreparable de esa pérdida para lo cual no hay resignación, lo que pone en evidencia que la muerte no es sólo un fenómeno natural,

sino que a su vez es un fenómeno social y cultural. No es algo que sólo le sucede al moribundo o al fallecido, sino también al sobreviviente.

Uno de esos modos de enfrentar la muerte es negar su carácter absoluto afirmando la inmortalidad del alma, la posibilidad —sostenida por la fe y la creencia— de que los seres que han fallecido sigan estando en contacto con el mundo “real” de los vivos, aun cuando sea en otro estado distinto al orgánico. Pero lejos de consolarse sólo con la esperanza de inmortalidad que le brinda la muerte, el hombre busca y experimenta con otras formas rituales y epistemológicas que le permitan lograr el mismo fin mientras aún se esté con vida; prueba de ello son la magia y la tecnología.

El libro *La mano del moribundo y otros cuentos*, del escritor tachirenses Manuel Rojas, se alimenta de estas creencias y esperanzas humanas, de la carrera del hombre por vencer el espacio-tiempo, llevándolo incluso a la invención de leyendas que mantienen viva su esperanza en la búsqueda encarnizada y obsesiva de su más querido y perdido atributo: La inmortalidad. La existencia de fantasmas sería la confirmación de esta creencia. En Rojas, esta búsqueda de inmortalidad se abre camino en su obra, para dar paso a una de sus facetas: la inmortalidad de lo espectral. En los relatos es recurrente el tema del contacto del mundo de los vivos con el de los muertos y con la muerte, con lo que está “más allá” de la experiencia cotidiana e inmediata de la realidad. En todos los cuentos, Rojas pareciera acercarnos a la visión sobre cómo los vivos experimentamos la muerte; pero no ese estado en que el cuerpo se aquieta y desaparece toda actividad vital, sino a la muerte como esa representación, permanentemente fenomenológica, espectral que los vivos experimentamos. La muerte, más allá de lo biológico como una construcción cultural que trasciende lo meramente ritual para convertirse en una relación activa y presente entre lo físico y lo espiritual.

En el proyecto narrativo de Rojas se encuentran cinco formas de manifestación de lo espectral:

1. Lo fantasmal, propiamente dicho, presente en “Urbanización Sinaral”, “Fobia” y “La mano del moribundo”.
2. El sueño, fundamentalmente en “Adaza”.
3. La magia, en “El prófugo”.

4. La posesión, en “El péndulo” y “La masa”.
5. La tecnología, en “La ejecución” y “Gajes del oficio”.

Ese anhelo de inmortalidad ha pasado por el tamiz de la moral cristiana. Si bien el cristianismo postula el principio de la inmortalidad del alma, este atributo no significa que el ser metafísico pueda estar en contacto con el mundo humano, puesto que su destino es el encuentro, o el retorno del alma a su origen divino, a su creador. De modo que cualquier ser ectoplasmático que se manifieste en el mundo de los vivos lo hace por una razón moral, generalmente de valoración negativa, dando origen al término “alma en pena”, asignado a aquellos seres que en vida no cumplieron con el código de ética de la Iglesia. Por ello esta existencia fantasmal está asociada a la idea de pecado, a misión no cumplida. Y se representa en el imaginario como maligna por lo sufrida y maldita, por lo eterno del castigo. Ese castigo no es físico sino espiritual. Se describe como físico (arder en las llamas del infierno, por ejemplo) porque sólo de esta forma el creyente puede comprender la magnitud ejemplar del castigo moral. En “Adaza” el padre dice a la hija:

La desolación del alma, sin la redención, es la marcha hacia lo antiguo, es volverse hacia el tiempo y caer en las garras de Moloh, el diablo de la guerra... (Rojas, 1994: 21).

Este penar del alma también puede representar la tormentosa existencia metafísica de seres con una inconclusa existencia terrenal, como la de la aparecida de la “Urbanización Sinaral”, cuya manifestación espectral no tenía más fin que el de llevar al taxista hasta el lugar en que se encontraba su cadáver.

### **La inmortalidad y la soledad del espectro**

Estos seres espectrales están condenados a una absoluta soledad; su deseo de ponerse en contacto con el mundo de los vivos se ve opacado por lo terrorífico de su presencia. El miedo que su aspecto despierta en los seres humanos pone de manifiesto la imposibilidad de conciliación entre estos y aquellos. Siendo su presencia odiosa entre los

hombres, estos sólo pueden darle un repudio eterno. No pudiendo entrar en contacto con su creador, y condenadas a un peregrinar por el mundo metafísico sin esperanza, las almas de los muertos sólo anhelan volver a la vida, como las almas errantes de “La masa”. Cualquier ser humano que en vida haya faltado a la Ley Moral, su castigo al morir será ser devuelto al mundo de los vivos, pero en una forma repulsiva, siniestra, espectral, insostenible. Estas características lo condenan a la soledad, al aislamiento. Es por ello que los espectros habitan en la oscuridad, en sitios lejanos y solitarios. En “Urbanización Sinaral”, el encuentro entre el taxista y la aparecida sucede en esas circunstancias. Siendo de noche, la mujer toma el taxi e indica una dirección al conductor, y durante el recorrido “De no haber un puente iluminado se presumiría que el rumbo a seguir es una quebrada frente a un túnel” (pág. 10). Además, su forma de actuar —apareciendo y desapareciendo ante los ojos atónitos del taxista—, la forma aterradora de sacarlo del mundo de la lógica objetiva para conducirlo al mundo de lo espectral, cerrado a cualquier forma de comprensión si se observa desde lo humano hacen más dramática la separación entre los dos ámbitos interactuantes y profundizan la idea de soledad.

Detiene el carro y mira hacia atrás, hacia el mueble donde debería estar la mujer (...) ¡Dios mío, la mujer no está! Tiembla como una anguila. No obstante se ve obligado a continuar. Acelera el auto en una vereda angosta. Prosigue hacia una plaza rodeada de robles (...) continúa por una avenida. Sabe que está cuerdo y para confirmarlo se toca, se pellizca, se da una bofetada.

-¡Cómo habré olvidado la salida, Dios mío! Se repite constantemente. (Rojas, 2006: 13-14).

Es el mismo caso de la bruja de “El Prófugo”, con la salvedad de que el personaje no está muerto, en realidad ha vencido a la muerte. Gracias a la magia se ha hecho inmortal. Participar de este atributo desafiando las leyes naturales, le confiere su condición de ser espectral, lejano a la realidad humana y en consecuencia padece la soledad de los

espectros: la casa que habita está derruida, desierta, con las “ventanas cerradas, el patio descuidado, las cercas en el suelo...”, estaba en estas oprobiosas condiciones porque era una “Casa abandonada” que desde hace muchos años nadie visita. Lo paradójico es que el personaje posee un don que lo preserva del tiempo, pero este mismo atributo lo condena a la soledad.

En “La masa”, el protagonista es afectado por una extraña energía proveniente de un meteorito. Este accidente le desarrolla sus capacidades sensitivas más allá de las posibilidades humanas, y a su vez le permite entrar en contacto con lo no-humano, con el mundo de los muertos, el de las almas inmortales que desprecian esta suerte, anhelando volver al mundo de los vivos. Esta condición le va imposibilitando de forma progresiva su contacto con el mundo humano, al cual percibe de manera simultánea en todas sus manifestaciones y esplendor. Puede estar en contacto con los seres y cosas conocidas, pero en forma etérea, ya no puede sentirlos. Poco a poco su apariencia física va dejando de ser humana, hasta convertirse en una masa amorfa, y al igual que en los cuentos anteriores, adquirir unos dones que no responden a la lógica de la realidad humana condenan al protagonista a la soledad.

Por otra parte, lo spectral, lo paranormal o lo sobrenatural no sólo se manifiestan como una expresión independiente y física del fenómeno. El retorno de los muertos también puede darse a través del sueño, ese momento de absoluta soledad en que el durmiente se encuentra con su yo inconsciente. Los muertos regresan como imágenes oníricas, como recuerdos preservados en la memoria de quienes los conocían. En el cuento “Adaza”, la protagonista tiene un sueño incestuoso con su padre muerto. Sin embargo, ya despierta:

El miedo le devuelve con perfecta lucidez la fotocromía del enigma. Es un hecho creado por los símbolos de la razón, ilustraciones fotogénicas de la conciencia (...) La silueta del padre emerge nuevamente. (...) Recuerda las palabras, las últimas palabras del viejo (...) Recuerda con estupor las normas, la disciplina, los ruegos... (Rojas, 1994:20).

Siendo el sueño una puerta de comunicación con el mundo de lo “otro”, que en la simbología especular representa de forma invertida lo que en él se refleja, el sueño transgrede la norma impuesta en la realidad y propone, en este caso, la proximidad carnal entre padre e hija en el mundo onírico.

En todo caso, en la mayoría de los cuentos los personajes se sienten invadidos por esa extrañeza o ambigüedad de estado entre el sueño y la vigilia en el momento de entrar en contacto con el ultramundo. En “Urbanización Sinaral” el chofer del taxi en el momento de iniciar su travesía “bostezo en señal de cansancio”, en “Adaza” es evidente que la protagonista está soñando; cosa que también parece suceder en “El péndulo”, donde nuevamente queda la imprecisión ambigua del estado vigilia/sueño en las impresiones o percepciones del personaje:

...claro está, las cosas emergen borrosas, con cierta ficción, todo allí, detenido ahora, encerrado en el marco del cristal o en la trasmigración de mi cuerpo... (Rojas, 1994:48).

Este regreso periódico de los muertos, como expresión de la conciencia humana de la muerte, al decir de Edgar Morín (1994) es una mezcla entre la memoria (el recuerdo) y la imaginación, alimentado por la fe y la creencia. En “Adaza”, especialmente, la memoria del padre impregna todos los objetos de la casa, todo el contexto que la rodea.

### **Noche, espectros y posesión del contexto de lo humano**

La presencia de la muerte y de lo sobrenatural viene dada en un contexto bien definido que preanuncia su aparición. Es recurrente en todos los cuentos que la noche es el momento propicio de las apariciones, del trastrocamiento de las bases objetivas de la realidad, y de la presencia de ese mundo “otro” que funciona con total ausencia de las premisas que gobiernan el mundo “real” que, en la lógica binaria, vendría a representar la luz en contra de la oscuridad de lo irreal. Es el ámbito donde se presenta el encuentro vida/muerte, y el fin de la lógica

de la vigilia. Ante la ausencia de las premisas con las que interpretamos la realidad, el mundo “otro” de lo fantasmal se presenta como un laberinto lleno de vericuetos incomprensibles para el hombre de la vigilia, quien irremediamente se pierde en ese nebuloso mundo de rarezas espacio-temporales.

Cierra los ojos para no pensar. Irá por donde lo lleven esas misteriosas encrucijadas. Vaga dentro de un laberinto de inscripciones grotescas; irrumpe nuevamente en una carretera en cuyo extremo hay un botadero de desperdicios químicos, sin salida (Rojas, 2006:15).

De cierta manera, es lógico pensar que en un mundo como el espectral, propuesto como la otra cara frente al espejo de la realidad humana, cree confusión en quien ha establecido su “normalidad” dentro del previsible mundo de la cotidianidad. La noche propone una nueva lógica: la de lo espectral, que desajusta el orden establecido por el pensamiento lógico binario impuesto desde Platón que opone realidad a idea. El fantasma estaría siempre en medio, jugando entre una y otra: entre la vida y la muerte, entre la efectividad y la ineffectividad, entre lo presente y lo ausente, entre lo actual y lo inactual. Derrida (2003) pone de manifiesto que el efecto de la espectralidad desbarata todo este juego de oposiciones y nos permite pensar en otros términos: pensar lo que no es, pensar en lo que existe pero a su manera.

Una vez que ha entrado en contacto con el mundo humano, la lógica de lo espectral va posesionándose de todo lo real poco a poco, lo invade y sojuzga: en “El péndulo” la posesión física y espiritual de Asdrúbal es absoluta, un demonio lo gobierna. Las relaciones temporales también se han llenado de ambigüedades y contradicciones por la presencia de lo sobrenatural:

De pronto se echó a gritar, aullando, pataleando convulsivamente, envejeciéndose en cada alarido, pero sin perder el rostro de niño (Rojas, 2006: 49).

En “Urbanización Sinaral” lo fantasmal se apodera del ambiente: “La temperatura ha bajado más de lo normal”, “La neblina no le deja ver más allá de treinta metros”; también del tiempo: “Toma un atajo cuando se acuerda de la hora, mira el reloj y no funciona”; de los recursos tecnológicos: “También se da cuenta que el depósito de gasolina no tarda en agotarse” “Las luces [del carro] se apagan, para colmo”. En “Adaza”, la imagen del fallecido reverendo Williams, padre de la protagonista, presenta el mismo caso de posesión absoluta: “Él está en todas partes como Dios, él es omnisciente, omnipresente y omnipotente y ahora él está en la cama en lugar de Adolfo” (Rojas, 2006:20). En este cuento, el fantasma del muerto es en realidad su recuerdo. El recuerdo del padre que se proyecta en todas las cosas que conforman la vida de Adaza y pone “en juego su libertad”. También en “El prófugo” la presencia de lo sobrenatural toma posesión sobre la conciencia de lo real y lo va difuminando, desapareciendo. Mientras permanece junto a la hechicera, el problema económico del narrador deja de tener importancia, al igual que la esposa y los hijos, se va dando una progresiva pérdida de la memoria de la vida real del protagonista, para ser colmada por la “realidad otra” de lo sobrenatural:

Me volvió loco esa mujer con su belleza, con la locura que se vivía allá, días de días, semanas y meses junto a ella (...) mas cuando me acordé de los míos y quise marcharme, me di cuenta que estaba preso dentro de una casa herméticamente cerrada... (Rojas, 1994: 30).

Otra manifestación de la posesión se da en “La masa”, con la salvedad que aquí no es lo fantasmal lo que se presenta ante el narrador, sino una extraña fuente de energía, de origen desconocido que transmuta el orden de la naturaleza de la víctima:

La extraña y luminosa forma cilíndrica me envolvía con lentitud. Lentamente fui perdiendo la noción del tiempo y del espacio donde me encontraba. Corrí hacia el espejo y noté que me fundía en la oscuridad, perdiendo la figura humana.

Me fui descomponiendo molecularmente frente al cristal...  
(Rojas, 2006:43).

Mientras su cuerpo se desintegra, el personaje va tomando conciencia de la inmortalidad de su alma y del don de la ubicuidad que ella posee a través de un viaje astral:

Me uní a una hueste de almas extraviadas, vibrantes, milenarias, tal vez (...) dialogué con los muertos en la misma forma que lo hacen los vivos. Anhelaban (...) la vida terrenal (Rojas, 2006:44).

### **La noche y el extravío**

La noche es la alegoría de la sensación de extravío y extrañamiento. Ella convulsiona los sentidos, el pensamiento, desliga al entendimiento de la lógica lineal y lo proyecta a un orden oculto de la realidad. La nocturnidad es, en Rojas, el cronotopo en que lo fantástico se revela como desafío al orden conceptual y objetivo en que vivimos. En “La masa” el narrador protagonista y su acompañante descienden de la montaña y “De pronto [se sienten] perdidos en medio de tan densas tinieblas” (Rojas, 2006:37). Pero además, relaciona la noche, la oscuridad con la presencia permanente de lo siniestro, con aquello que “debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado” (Freud, 1919):

Las pesadillas empezaron en ese momento. Llegué con el tiempo a temerle a la noche (...) ella [la madre] esperaba a que yo me durmiera, sin saber que para mí la noche era una tortura. Las tinieblas parecían albergar en su seno todos los espectros habidos desde la creación del mundo: huestes infernales invadían mi habitación (...) Fantasmas enloquecidos huían por calles sangrantes, saltimbanquis viejos reían a carcajadas con ojos desorbitados, cofradías de lisiados, jorobados, mendigos, esqueletos vivientes, sayonas, bru-

jas de manos horribles, sacerdotes del diablo... (Rojas, 2006: 40).

El rompimiento de la noción lógica de la realidad humana no se produce sólo por un asalto de lo sobrenatural o de lo siniestro sobre el mundo real; también se presenta como una acción voluntaria de los personajes, motivados por una “curiosidad” de explorar al mundo más allá de los límites de la razón o de la previsible cotidianidad de la vigilia. En “El prófugo”, por ejemplo, el narrador entra por su propio arrojamiento al mundo de la hechicera:

Ni siquiera se inmutó al verme allí, un intruso en medio de la noche, un ladrón o un criminal, podría suponer, sin embargo no se asustó con mi presencia, muy por el contrario me dio la bienvenida a su mundo (Rojas, 2006: 27).

En “La ejecución” el protagonista habla sobre un “experimento”, el que sin duda implica la deconstrucción del tiempo, su desdoblamiento. Estar fuera del control y límites de lo espacio-temporal le permiten ver la historia de la humanidad en su conjunto, de forma simultánea —como quizás deben verla las almas inmortales—. Romper con el esquema lógico de la existencia, es romper con el principio de causa y efecto. En este caso, la muerte no puede sobrevenir en un cuerpo que no responde a la temporalidad, a lo cronológico. Pero ¿es realmente satisfactorio este deseo cumplido de una naturaleza inmortal? Al menos no mientras se esté en la condición de ser “real”. Para el protagonista, al estar relacionado de forma simultánea con toda la historia, con todas las geografías, con todas las ideas, el mundo se le presenta como algo irreconocible, incomprensible; la realidad puede ser cualquier cosa. Es la percepción del extravío:

La plataforma de una esfera, un ente cercano, a lo mejor una piedra, creo, se aproxima en el fondo de un grito. Será como una torre babilónica, una muralla china o quiché, un tótem irreverente, una botella anaranjada; qué se yo, pero

eso, sea lo que sea, y todas las demás cosas me arrojan a un estado de displicencia indescriptible (Rojas, 2006: 34).

De igual manera le sucede al protagonista de “La masa”, que con el don adquirido, por un extraño fenómeno, de la dualidad de existencia entre lo físico y lo espiritual, percibe la realidad con sentidos hiperdesarrollados:

Era insoportable la actividad del viento, los latidos o bombeos del agua, de la sangre, de la savia en el tallo de los árboles de afuera. Los extraños sonidos semejaban el palpitar de nervios en las manos del cirujano; el aleteo de una mosca, el chasquido de una hoja seca en el pavimento, la digestión en el estómago del niño, (...), la orina del perro allá en el patio (...) ruidos infinitos, miles de estallidos... (Rojas, 2006:42).

Tanto en “El prófugo” como en “La ejecución” Rojas plantea los afanes del hombre por alcanzar la inmortalidad conservando la forma física de la existencia. En el primero se logra con la magia, en el segundo con la ciencia. Esta búsqueda de un fin común con medios tan opuestos pareciera insinuar que el hombre aspira a convertir la ciencia en la magia del presente.

### **La tecnología y las nuevas formas espectrales**

Si tomamos en cuenta la forma en que Derrida (2003) afirma que actúan los fantasmas, asediando, estando en un lugar sin ocuparlo, debemos admitir, entonces, que la tecnología de la comunicación es la nueva manifestación del acontecimiento espectral. La televisión, con su exceso de publicidad que busca unificar el gusto—convirtiendo al usuario en una “masa” indiferenciada de consumidores—, es el ejemplo típico del asedio en la actualidad, del carácter espectral de la tecnología. Rojas no deja pasar desapercibida esta realidad, y la incorpora en su libro

a través del cuento “Gajes del oficio” en el que la presencia de la televisión es abrumadora:

Hoy le compramos un televisor de pulsera a la niña...  
Es necesario comprar un portátil para el auto...  
Al penetrar en la oficina, el señor Franz, enciende la luz  
mostaza del centro; a su vez las innumerables pantallas del  
fondo se iluminan presentando en cada una de ellas dife-  
rentes escenas (Rojas, 2006:65).

La omnipresencia de la televisión manifiesta, al igual que el fantasma del reverendo Williams o del demonio dentro del cuerpo de Asdrúbal, la absoluta posesión del ambiente y de la vida de los personajes por parte del tecno-fantasma. De igual forma, su presencia se reproduce por la soledad, que se mimetiza en los personajes. El señor Franz se encierra en su oficina y allí, frente a las múltiples pantallas que componen el mobiliario “pasa el tiempo mientras le dura la crisis de soledad” (Rojas, 2006:65). Luego, se marcha a su casa “Desde que entra va encendiendo todas las pantallas hasta llegar a la cocina” y “Una vez más se siente sólo” (Rojas, 2006:65).

En resumen se podría decir que el eje de los cuentos de *La mano del moribundo* es la exploración del deseo de inmortalidad que alberga el hombre, los caminos que busca el ser humano para alcanzarla. La construcción de imaginarios que le permitan satisfacer este deseo. Negarse aceptar la muerte como límite de lo humano. Por vía de la creencia y de la fe en la inmortalidad del alma, por una fe ciega en las posibilidades de la ciencia como capaz de manipular y controlar las leyes de la Naturaleza y de transgredir los límites del Orden Divino, por las posibilidades del mundo no racional. Desafortunadamente hasta ahora este deseo no ha sido alcanzado, puesto que la inmortalidad, en el imaginario colectivo, se ha presentado sólo como un horror, como una presencia espectral que se repele.

Según lo que puede extraerse de los cuentos, para Manuel Rojas, la muerte le da al hombre la inmortalidad, vive eternamente gracias a la liberación, en el momento de la muerte, de su parte no-mortal, pero esta

inmortalidad lo sumerge en una profunda soledad, marcada por la imposibilidad de entrar en contacto con un mundo que se le presenta "Otro". La obra de Manuel Rojas parece estar sustentada sobre una sola hipótesis: la muerte y la soledad son las eternas compañeras del hombre. Peor aún, es percibir que ante la inmensidad de la soledad que rodea al ser humano sólo las imágenes de la muerte regresan de ultratumba para llenar estas soledades. La soledad se convierte en el absoluto y pathos de la narración de Rojas, quien más allá del optimismo que pretende demostrar en "Gajes del oficio", nos presenta a un individuo derrotado ante la incomunicación, que ha perdido todo acercamiento con la vida humana y que su único contacto es a través de las imágenes de una pantalla de televisión, medio electrónico que ha suplantado la presencia humana en nuestras vidas. La televisión usurpa el espacio de la vida, ya no se vive, sólo se mira, no hay relación activa alguna. Se nos ofrece un mundo entero, pero a la medida de la mirada. Como bien dice Blanchot (1996), la práctica es sustituida por el pseudo-conocimiento de una mirada irresponsable.

*San Cristóbal, 2009*

## REFERENCIAS

- Blanchot, M. (1996). El diálogo inconcluso. Caracas: Monte Ávila editores.*
- Derrida, J. (2003). Espectros de Marx. Madrid: Trotta.*
- Ferrater, F. (1984). Diccionario de filosofía. Madrid: Alianza Editorial.*
- Freud, S. (1919). Lo siniestro. Consulta 23-08-2008. En: <http://www.galeon.com/elortiba/freud36.html>*
- Morin, E. (1994). El hombre y la muerte. Barcelona: Kairós.*
- Rojas, M. (2006). La mano del moribundo y otros cuentos. San Cristóbal: Fondo Editorial Simón Rodríguez.*
- Rosenblat, M. (1984). Poe y Cortazar. Lo fantástico como nostalgia. Caracas: Monte Ávila Editores.*
- Sartre, J. (1976). El ser y la nada. Buenos Aires: Losada.*